

Espacio y capitalismo: la crisis capitalista, el territorio y las resistencias sociales

SANTOS ALONSO BELTRÁN BELTRÁN

Político de la Universidad Nacional de Colombia; administrador público de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), Colombia; Ingeniero Industrial de la Universidad Antonio Nariño, Colombia; magister y candidato a doctorado en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es profesor de la Universidad Nacional de Colombia y de la ESAP, Colombia. Asesor en asuntos de seguridad y convivencia en la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía de Bogotá, Colombia.
alonsobeltran687@gmail.com

Space and capitalism capitalist crisis, territory and social resistance

Resumen

La dimensión espacial se ha convertido en uno de los filones de análisis más importantes en el estudio de las dinámicas de acumulación capitalista. Sin embargo esto no se ha dado de manera fácil; por el contrario, las ciencias sociales se han ocupado de manera preferencial de la variable tiempo y han descuidado de manera sistemática la incidencia que el espacio puede tener en la construcción de las relaciones sociales de producción. La visión sobre el espacio ha estado dominada por un esencialismo centrado en su dimensión física, y su relación con el tiempo y los fenómenos sociales se ha reducido a verlo como un mero contenedor inerte y aislado.

El papel jugado por el espacio en la reproducción del capital ha sido estratégicamente reducido en los discursos celebratorios de la globalización neoliberal, y la posibilidad de la resistencia territorializada, que haga un uso creativo y subversor de su relación con el lugar, descuidada por los movimientos de resistencia que han pensado que el combate se libra más en las agencias multilaterales, a veces creadas por los propios agentes del capital que impulsan la globalización excluyente, que en sus raíces con el territorio que han construido desde sus prácticas culturales, económicas, ecológicas y sociales.

Finalmente, el texto busca resaltar la capacidad de resistencia que tienen los movimientos sociales, emplazados territorialmente, de enfrentar los embates de la globalización neoliberal y muestra en Colombia algunos ejemplos paradigmáticos en este camino.

Palabras claves: espacio, geografía radical, acumulación capitalista, espacialidad, resistencias sociales, territorialidad, globalización, movimientos sociales.

Abstract

The spatial dimension has become one of the major topics of analysis in the study of capitalist dynamics of accumulation. However, this process has not been easy; the social sciences had addressed their analysis preferentially to the variable time and they have neglected systematically the impact that the space can have in building social relations of production. The vision of the space has been dominated by essentialism focused on its physical dimension, and its relationship with time and the social events has declined to see him as a mere inert and insulated container.

The role played by space in reproduction of capital has been strategically reduced to celebratory discourses of neoliberal globalization, and the possibility of territorialized resistance, neglecting the creative and subversive possibilities of its relation with space. Resistance movements have thought their struggles are being waged at multilateral agencies, sometimes created by capital agents interested in promoting excluding globalization processes, and therefore forgetting the links between them and their territories, where they create cultural, economic, ecological and social relationships.

Finally, the text seeks to highlight social movements resilience, placed geographically, to face the onslaught of neoliberal globalization.

Key words: space, radical geography, capitalist accumulation, spatiality, social resiliencies, globalization, social movements.

Espacio y espacialidad, del espacio físico al espacio socialmente construido

El espacio como elemento constitutivo de la realidad vivida por los hombres ha sido objeto de reflexión casi exclusivo por parte de las disciplinas y ciencias exactas. La descripción del espacio y su estudio se ha concentrado fundamentalmente en una visión cuantitativa, objetiva e independiente de otras realidades por fuera del mundo físico (Martín Barbero, 2006).

Así, la matemática, la geometría y la física, principalmente, han orientado su explicación del espacio en una perspectiva fuertemente influenciada por la corriente positivista separándolo del tiempo y rompiendo la relación estrecha que existe entre las dos variables (Martín Barbero, 2006). Es decir, el espacio-tiempo como realidad compleja no ha sido lo suficientemente estudiado, en su lugar se ha optado por una división radical entre la realidad física que desarrollan los cuerpos en el espacio y su medición en el intervalo de tiempo en que los fenómenos o las interacciones entre los cuerpos ocurren. De allí que al espacio se le haya reducido a una magnitud constante, isomórfica, homogénea y dada, mientras el tiempo haya sido objeto de miradas más complejas y dinámicas¹.

El desarrollo de las ciencias sociales, o de las disciplinas encargadas del estudio de los fenómenos sociales, ha sido fuertemente influenciado por el éxito y desarrollo de las disciplinas orientadas al estudio de los fenómenos naturales y con ello la visión sobre el espacio ha sido tributaria del positivismo de las ciencias exactas; la noción de espacio, mediada por la conceptualización objetivista, ha dejado a las ciencias sociales el papel de descriptoras del espacio físico sin ocuparse de las relaciones, de las interacciones sociales de los individuos y de los colectivos humanos en la construcción de un mismo espacio más allá de sus connotaciones fisicalistas².

La geografía, disciplina social encargada del estudio del espacio geográfico, enmarcó su desarrollo inicial con esa influencia positivista y en buena medida redujo su visión sobre el espacio a la interpretación, descripción, localización o extensión, y no a dar cuenta de las relaciones complejas que construyen el espacio como referente y contenedor de la acción social, que desborda el carácter físico de su existencia (Segato, 2006).

1. En este sentido también apunta Piazzini Suárez (2006, pág. 56): “El espacio resulta ser en última instancia una entidad estática que funciona como recurso práctico para que el tiempo, siempre más esencial y dinámico, pueda materializarse”.

2. Para desarrollar la diferencia entre la percepción física del espacio, su estudio en las denominadas ciencias espaciales y la práctica social que este connota ver: Segato (2006).

La irrupción del marxismo en una corriente crítica del mundo de la geografía abrió las puertas para que una visión mucho más compleja del espacio se afincara en el objeto de estudio de esa disciplina, la corriente crítica conocida como geografía radical, que revolucionó la visión sobre el espacio destruyendo el simplismo fiscalista e instaurando en el centro del debate la construcción social del espacio como un proceso social complejo y dialéctico. Gracias a ello, la percepción del espacio se ha enriquecido y se ha nutrido de lo cultural, lo político y lo económico; con todo ello, el espacio se ha vuelto político y territorio, se ha convertido en teatro de la lucha por el poder que es influenciado e influencia la acción social (Segato, 2006). El espacio es ahora una realidad social coconstitutiva, estructurada y estructurante de y por la acción humana.

La visión cuantitativa y el espacio objetivo

Es claro que nuestra primera percepción sobre el espacio descansa fundamentalmente en nuestra experiencia física. El espacio se nos presenta como la percepción objetiva de la ubicación de los objetos. El espacio está allí, no es ni siquiera necesario problematizarlo, no cambia, no se transforma, parece inerte. La percepción del espacio es física, sobre él ocurren los fenómenos, se ubican los cuerpos, se despliega la realidad social, pero él no participa, no actúa, no interviene en la construcción del fenómeno. Mientras el tiempo pasa y con ello los fenómenos y los cuerpos cambian su posición y acción en el espacio, el propio espacio permanece intacto³. Salvo algunos cambios en su apariencia, ya sea porque se lo ha intervenido físicamente o porque se ha operado una acción natural en él, el espacio continúa exactamente igual.

Así considerado, el espacio parece una realidad inerte y homogénea, la percepción física sobre su existencia nos obliga a observarlo desde la dinámica cuantitativa. Separado del tiempo, el espacio debe ser medido; esta es una de sus cualidades esenciales y constitutivas. Medir el espacio es una acción objetiva, es la comparación de un patrón de medida con una realidad física que parece intacta y por ello puede ser

3. De allí que la crítica en las ciencias sociales se encamine a su tendencia moderna de separar la experiencia espacial de la dinámica temporal, nuevamente Piazzini Suárez (2006, pág. 71): “Como consecuencia del examen crítico de las relaciones entre espacio y tiempo de la modernidad, del consiguiente desvelamiento de geopolíticas por cronopolíticas que alimentan las filosofías de la historia, y de la emergencia de ejercicios expresamente dirigidos a comprender el espacio y las espacialidades, pensar el tiempo es, de ahí en adelante, pensar el tiempo situado, esto es, historias, memorias y proyectos de futuro articulados con las realidades espaciales que las circunscriben y que podrían ellas mismas transformar, a condición de no negar su relación irremisible con el espacio”.

descrita a través de su extensión. El espacio se cuantifica y con ello se describe una de sus cualidades, la extensión. No es posible que varíe, el espacio físico no se achica, no se condensa; está allí invariablemente quieto en su extensión.

Los cuerpos permanecen en el espacio físico y en tanto este es inerte se les puede ubicar, se puede describir su posición a través de simples coordenadas. En caso de moverse basta con revisar su nueva ubicación para ver si se han trasladado o si han permanecido en su lugar. La ubicación de los cuerpos físicos en el espacio no admite discusión, nuevamente el espacio inerte, homogéneo e isomórfico se ha convertido en un teatro donde ocurren los fenómenos, él mismo no participa, nuevamente lo dinámico es el tiempo. Las dos posibilidades de estudio del espacio: medición y ubicación, lo ubican en un universo positivista en el que la descripción objetiva es primordial para acceder a la imagen de lo espacial, y donde este aparece en una independencia absoluta de los otros fenómenos⁴.

Así las cosas, la matemática y la geometría serían las disciplinas encargadas del estudio del espacio. La reflexión matemática se nos aparece como la visión natural y autorizada sobre el espacio. El plano cartesiano, con sus ejes y puntos en cada cuadrante, con sus coordenadas, permite medir las distancias, trazar rectas, encerrar áreas. Las áreas a su vez pueden ser cuantificadas a través de la ubicación de sus puntos, de las rectas que las contienen. Hacer girar las áreas sobre los ejes cartesianos, describe volúmenes, otra vez medibles, otra vez cuantificables; de allí, el mundo se despliega en una rigurosidad cuantitativa y el espacio puede casi que cuadrícularse para insertar allí la ubicación de los cuerpos, la longitud de sus desplazamientos, la extensión de sus áreas, la medida de sus volúmenes y, en fin, todas las interacciones en el espacio, en ese espacio cuadrículado. La geometría será una mirada aún más sofisticada de la percepción objetivista sobre el espacio. Los axiomas y los teoremas, la infalibilidad de sus corolarios, el desarrollo lógico de sus conclusiones no dan el menor pie de duda sobre la objetividad, inmutabilidad, isomorfismo y homogeneidad del espacio.

4. A esta, que sería la escuela tradicional en el abordaje del espacio, se oponen, o por lo menos la complejizan, los autores estudiados, por ejemplo Trujillo (2006, pág. 145): “En esta perspectiva, hasta donde conozco solo algunos autores –que retomare más adelante– empiezan a interrogar en el análisis de las guerras el manejo tradicional que se ha hecho de sus dimensiones espaciales. Y al decir manejo tradicional me refiero al tratamiento de la mayoría de los autores que, como hemos visto, solo remiten a este espacio para hacer alusión a su dimensión geofísica en donde los fenómenos se producen”.

En el caso de la física no será muy diferente. La física convierte la matemática y la geometría en lenguaje de descripción de fenómenos, la ocurrencia de interacciones entre los cuerpos debe ser reducida a su expresión cuantitativa, el discurso explicativo es solo válido en cuanto se acompañe de una fundamentación matemática que permita arribar a conclusiones infalibles o por lo menos demostrables con la experimentación, y en ello la matemática y la geometría no harán otra cosa que convertirse en el lenguaje obligado de expresión⁵.

La aparición de nuevos paradigmas en las dos disciplinas ayudó a la problematización de la visión sobre el espacio, pero sin desanclarla de su consideración meramente fisicalista. En el caso de la matemática, la teoría del caos plantea serios cuestionamientos a las percepciones totalmente organizadas e infalibles frente a las cantidades, las medidas o los razonamientos matemáticos. A su vez, la geometría no euclidiana revoluciona las concepciones bidimensionales del mundo, obligando a una construcción más compleja del espacio y de la ubicación de los cuerpos en él. Finalmente, en el caso de la física, el paradigma einsteniano y la teoría de la relatividad revolucionan la visión sobre los fenómenos físicos, planteando aun en la homogeneidad del espacio una serie de fisuras conceptuales, que aseguran que aun la percepción sobre el espacio pasa por una percepción relativa del observador y que el mismo espacio puede no ser homogéneo e isomórfico sino curvado, relativo, dinámico⁶. No obstante, la impronta positivista del espacio, desarrollada por las disciplinas descritas, influye de manera preponderante en la construcción conceptual de las ciencias sociales al punto que estas se crean bajo la tutela de una escuela cuantitativista, abocada a la simple descripción, medición y ubicación del espacio.

5. Apunta Segato (2006, pág. 76) al referirse a este tipo de representaciones del espacio y descartarlas como abordaje posible al concepto de territorio: “No por ejemplo una representación científica del espacio como los enunciados en el lenguaje formalizado de la física, la geometría o la trigonometría, o las formulas topológicas de los matemáticos y físicos para atribuir una ‘forma’ al espacio”.

6. En este caso nos referimos a los desarrollos que se han dado en las matemáticas, fundamentalmente a través del cuestionamiento de la total previsibilidad de los fenómenos naturales y la falibilidad de los desarrollos matemáticos en la explicación de los fenómenos sociales. Esto ha abierto la puerta a nuevos aportes científicos que desde una visión más abierta han ayudado a construir nuevas perspectivas de análisis en los que la matemática es una herramienta y no la garantía de la veracidad absoluta de las soluciones generadas.

Espacio y subjetividad: la mirada desde el individuo

Por supuesto, el espacio es primeramente físico, pero con toda seguridad también se despliega en una complejidad de acciones sociales que rebasan su mera representación física. La visión positivista del mundo espacial puede aparecer en este sentido recortada, demasiado simple, y es ahora necesario nutrirla de las percepciones individuales que pueden construir lo espacial desde la subjetividad de las vivencias de cada uno de los participantes. Nace de esta manera una percepción subjetivista del espacio como norte argumentativo que se orienta a romper la frialdad de la visión objetiva y en buena medida a superarla⁷.

El espacio es, pues, vivencia, experiencia cotidiana, resignificación a partir de la propia interacción del individuo. Los individuos particularmente considerados fabulan sobre el espacio, llenan de sentido los lugares y al nombrarlos imprimen una naturaleza ulterior, más rica, más compleja. La vivencia sobre el espacio constituye contenidos simbólicos para los lugares en la medida que cada vivencia imprime un cariz simbólico diferente, el espacio es un teatro de la lucha y en él las consideraciones simbólicas de los individuos pugnan por imprimir su sello personal a los lugares, por comandar la construcción de sentido y de allí jerarquizar la ubicación, marcar los límites, señalar las fronteras; en fin, construir espacio como subjetividad⁸.

El espacio como vivencia será diferente para un preso condenado al encerramiento en un área pequeña que para un miembro de una etnia cuya forma de vida es casi nómada; la percepción sobre el espacio anclada a las vivencias cotidianas de los individuos será también diferente para un habitante urbano que discurre entre avenidas, edificios y cafés, que para un campesino cuya vida cotidiana está más anclada en la inmensidad del paisaje rural; más aún, el espacio como vivencia es diferente para un obrero en una cadena de producción cuyo puesto de trabajo está milimétricamente medido que para un jornalero, un artesano, un recolector de las economías de diáspora. Finalmente, piénsese en las connotaciones de espacio que arrastra la vida cuasi-nómada para un indígena en comparación con la misma noción para un labriego. La subjetividad anclada al espacio construye una arista

7. Esta visión es sugestivamente explicada en Castro Nogueira (2006).

8. “El verdadero espacio donde siempre han habitado y siguen habitando los hombres, nada tiene que ver con el fetichismo de las idealidades geométricas euclidianas, del mismo modo que el verdadero tiempo humano tampoco se reduce al tiempo matemático del reloj o la de los ciclos naturales del día y la noche. Por el contrario, sobre esas idealidades se superpone un mundo que como el de Heráclito siempre ha estado y está lleno de dioses, trasgos, duendes, animas y prodigios” Castro Nogueira (2006, pág. 44).

adicional al ámbito físico y tan importante como la propia posibilidad de su percepción objetiva⁹.

Nombrar los lugares¹⁰ hace parte de nuestra construcción subjetiva sobre el espacio. Si bien los lugares tienen características físicas distintivas, y aunque estas características físicas den una personalidad concreta, son las formas en que son nombrados las que hacen que puedan sustraerse de la homogeneidad del espacio físico. Las experiencias de los individuos sobre los lugares construyen el entramado simbólico que remata o se cristaliza en la asignación de un nombre para el lugar. Este nombre vivifica la relación del individuo con el espacio, la remite a sus construcciones y contenido simbólicos para construir sobre ellos una red de nuevos significados y para que los demás individuos pongan en juego sus construcciones simbólicas con el fin de orientar o plegarse a la construcción cultural sobre el lugar. El nombre del edificio, el mote que se le asigna a una región o la designación de un espacio por una característica relevante de su morfología son acciones de poder, el lenguaje que se articula al espacio es una acción de poder sobre él y de allí es lógico que venga la intervención física del espacio

9. Este filón de la discusión sobre el espacio puede ser abordado desde la perspectiva de la etnicidad como elemento ligado a una acción espacio-temporal; es decir, la experiencia sobre el espacio pasa por la experiencia de vida de los individuos en el marco de su acción sobre el territorio, perspectiva oculta para las “ciencias espaciales” pero de profundo tratamiento y análisis para las disciplinas sociales, así lo apunta Gnecco (2006, pág. 239): “El sentido de pertenencia territorial es una de las bases de la vida cultural de las sociedades indígenas, para quienes el territorio es más que un fenómeno espacial”.

10. Es necesario en este punto hacer una precisión sobre una serie de términos que componen el acervo conceptual de la reflexión sobre el espacio y sobre los cuales no hay precisamente un acuerdo absoluto; es más, podría decirse que este tópico es todavía un campo de controversias que se ha dado en denominar la “cuestión territorial”. La discusión empieza por el concepto de espacialidad, que remitiría al concepto de forma social o estructura social derivada de las luchas de poder sobre el espacio físico. Por otro lado estaría el concepto de territorio, que para algunos autores remite a la posibilidad de dominio político sobre una porción de espacio geográfico por parte de un grupo o colectivo de individuos que lo hegemonizan. De allí vendría el concepto de territorialidad, que remite más a una construcción cultural que incluyen tanto los usos físicos del territorio como la relaciones tradicionales, ancestrales y antropológicas que se despliegan sobre el territorio habitado. Finalmente estaría el concepto de lugar, que remite más a una experiencia de vida colectiva sobre los territorios y que proyecta esa vivencia como determinante en la relación de los individuos y el territorio habitado, y los otros grupos e individuos por fuera de esas relaciones construidas en la vida de los naturales, de los “lugareños”. Estos términos serán utilizados en lo que sigue del texto y nos acogeremos a las versiones suministrados por los autores consultados, desde ellos utilizaremos los conceptos.

para transformarlo y homogeneizar la percepción que sobre él se tiene¹¹.

Con todo lo anterior, es claro que reducir el espacio a su construcción meramente física es tan recortado como anclarlo en su percepción subjetiva, cultural o simbólica. Las dos visiones parten de la misma realidad concreta y no son simplemente complementarias, su relación es más amplia, en algún momento llegan a ser contradictorias, opuestas, dialécticas. En este orden de ideas, hablar de espacio debe llevar a una concepción integral que vea esta relación contradictoria en un intento de captura holística¹².

La necesidad de medir, cuantificar, ubicar y simplemente describir debe articularse a la demanda por ver las interacciones, en este caso individuales, que resignifican el mismo espacio. No es que se puedan considerar dos aristas separadas de la relación con el espacio ni desarrollos lineales en su construcción, ellas componen de manera dialéctica la relación que los hombres desarrollan en el espacio que habitan.

La acción social y la construcción espacial

¿Será posible que una percepción individual sobre el espacio, como su principal elemento descriptivo, nos pueda precipitar a un relativismo absoluto sobre la relación con él? La pregunta plantea una arista de crítica muy fuerte al individualismo de la relación con el espacio y nos ubica en otro plano de la discusión: la necesidad de pensar el espacio desde una acción colectiva signada por la acción de grupos, clases o sectores de clases para garantizar su permanencia física, su reproducción cultural y, en fin, su existencia como colectivo humano.

En este planteamiento es necesario partir de la consideración eminentemente social de los hombres. No existe la posibilidad de una total

11. Consideremos, por ejemplo, la forma en que al interior de la propia Universidad Nacional los grupos que la habitan disputan la nominación de los espacios. Un ejemplo se podría rastrear en la denominación de la plaza principal de la Universidad: para la administración la plaza Santander o a lo sumo la plaza Central, para algunos sectores estudiantiles y de trabajadores la plaza Che. Ambas posiciones reflejan una disputa por la apropiación cultural del espacio; por un lado la oficial, que busca restarle cualquier referencia política subversiva; por otro, la contra-oficial, que destaca fundamentalmente su carácter iconográfico como epicentro de acción la política de resistencia. Pero los ejemplos pueden ser mucho más numerosos y por solo traer alguno más, se podría reflexionar sobre la reciente disputa por el “bautizo” de la Biblioteca Central, que ya exhibe un mural con la estampa de Camilo Torres Restrepo extraída de una fotografía en la que el “Cura Guerrillero” aparece con un fusil al hombro.

12. Esta visión anclada en lo individual podría complementarse con el abordaje del cuerpo humano como subjetividad espacializada. Ver: Martín Barbero (2006, pág. 24).

separación del individuo en sus lazos sociales con sus semejantes y aún su experiencia individual está signada por sus interacciones sociales en el marco de una socialidad innata a su condición como hombre. Las fábulas que narran la vida de hombres aislados construyendo sus condiciones de existencia en la total independencia y en enfrentamiento directo con la naturaleza son ciertamente discutibles, tal vez solo sean construcciones imaginarias para cimentar una visión determinada sobre el hombre, para resaltar o condenar ciertos valores de su comportamiento¹³.

En tanto esto es cierto, la vida sobre el espacio es una vida colectiva, es una acción común y continua, que se realiza en el marco de una acción humana de transformación de la naturaleza y de construcción de las condiciones sociales de existencia de los hombres. El espacio se transforma y transforma a los hombres en esta acción social, en esta acción colectiva que todos emprenden por garantizar su existencia. Tanto la transformación natural del espacio físico, como la construcción simbólica sobre él, son un asunto social; de la misma manera que la transformación que el espacio opera sobre los hombres es tanto una cuestión de modelación individual de los rasgos corporales como una acción de transformación de las relaciones sociales que todos ellos desarrollan entre sí con el espacio¹⁴.

En este sentido, el concepto de espacio como relación social estaría más allá tanto de la simple percepción física sobre el espacio como de la acción individual que lo construye de manera simbólica, y se proyectaría a la dimensión socio-cultural de su conformación. Hablar de la relación social espacial es considerar que en su “estar” en el espacio los hombres dotan de sentido su relación con él, y que ella es perceptible de manera concreta en la articulación de sentidos en torno a ese espacio habitado. Así las cosas, el espacio es vivido colectivamente en múltiples escalas: local, regional, nacional y, últimamente, de manera global.

En la construcción social del espacio, el concepto de lugar empieza a jugar un papel primordial toda vez que se contrapone al concepto

13. La pretensión de un modelo individualista que se estructura sobre la base de un hombre aislado y enfrentado a la naturaleza y a sus congéneres se puede rastrear en el nacimiento de la teoría política moderna con Hobbes. Este autor, en sus escritos clásicos, *El leviatán* y *El ciudadano*, parte de una concepción que se ha dado en llamar individualismo posesivo, esta visión de antropología negativa se repetirá con algunos matices en las teorías contractualistas. Marx critica de manera radical esta visión llamándola de manera peyorativa “robinsonadas”, meras fábulas para dar cuerpo a la construcción hegemónica de la clase burguesa en el marco del capitalismo naciente (Ver Marx, 2005, especialmente el capítulo IV y el capítulo XXIV).

14. Sánchez (2009).

de espacio homogéneo, ilimitado, absoluto y universal, y subdivido en contenedores geográficos inertes, a la usanza positivista desarrollada durante la modernidad. El lugar es la construcción dinámica de la acción social en el territorio que desarrolla estructuras sociales sedimentadas, que se relaciona con múltiples expresiones de la vida humana, desde el ámbito biológico, pasando por las prácticas económicas y culturales, hasta las más complejas acciones de simbolización y lucha por la hegemonía política¹⁵.

La construcción del espacio es una experiencia de vida que supera el carácter individual y conecta directamente con la acción colectiva. Múltiples relaciones sociales construyen esas experiencias sobre el espacio. Sin embargo, para algunos, la compleja dinámica económica, entendida en su sentido más amplio como relación social de producción, es por excelencia la fuerza que moldea construcciones espaciales que rompen la pretendida inmutabilidad del espacio y, al contrario, plantean su maleabilidad a través de las dinámicas de concentración o disgregación de las actividades económicas¹⁶.

En un análisis que parte del proceso económico como productor de formas de actividad social espacializada se podría pensar, a su vez, en divisiones y construcciones territoriales ligadas a la concentración del capital para explicar por ejemplo la formación del Estado-nación moderno¹⁷ y su dinámica posterior de división al interior, seguiría

15. Escobar (2010) insiste en la importancia del lugar para el entendimiento de las resistencias sociales desarrolladas contra la globalización neoliberal, y reivindica en este sentido el papel jugado por los movimientos identitarios que hacen un uso potenciado de su carácter local para proyectar su lucha a lo global, sin caer en el localismo que se limita a reivindicar la diferencia, rayando en el chauvinismo, ni en la perspectiva neoliberal de la globalización que destruye las identidades en pos de garantizar el dominio de los centros globalizadores del capital. Estas dinámicas serán tratadas más específicamente en el capítulo final del presente texto.

16. En el caso de Sánchez (2009, cap. II), el tratamiento de este aspecto se da desde el desarrollo conceptual aportado por el materialismo histórico; es más, liga de manera específica la construcción espacial con la formación social capitalista desde el momento específico del desarrollo de las fuerzas productivas como expresión del adelanto de la técnica en la transformación de la naturaleza, acción esta específicamente espacial.

17. En este sentido, la dinámica de consolidación del Estado-nación es, por ejemplo, fundamentalmente un proceso de concentración y centralización territorial del proceso de acumulación de capital aparejado con una también creciente concentración de la coerción física en manos de una agencia institucionalizada de organización social. Ver: Sánchez, (2009, pág. 114): “Toda organización socio-territorial –especialmente el Estado– se estructura sobre unas relaciones de poder asimétricas en donde existe un poder dominante que ejerce el poder encaminado a la consecución de sus objetivos e intereses y que si quiere mantenerse como tal poder debe adoptar una actitud creativa [...] que pasa

la misma ruta de negociación con poderes locales, imposición de las dinámicas centralizadoras y, en general, imposición de un orden territorial particular¹⁸.

En este sentido se podría decir que los distintos modos de desarrollo de la producción, en el modo denominado capitalista, espacializan las relaciones sociales¹⁹. La espacialización económica daría, por ejemplo, la posibilidad de separación de diversos ámbitos de la vida humana: las divisiones campo-ciudad, las divisiones fabrica-mundo doméstico, centro-periferia y producción-mercado responderían a esta espacialización capitalista y la misma globalización no sería más que el fenómeno de construcción espacial particular del mundo capitalista. La construcción territorial del espacio no es en lo absoluto la apropiación individual y simbolizada del ámbito físico, sino una relación social contradictoria donde las luchas por el poder, y la propia formación económica, juegan un papel primordial.

En ese orden de ideas, el espacio incorpora de manera dialéctica una conceptualización simplemente objetiva –como un elemento homogéneo, isomórfico, independiente y cuantificable de la realidad social– y una dimensión relacional de espacio percibido como realidad social. Un concepto que se afina en su manifestación física pero que la supera gracias a la pervivencia del nexo inescindible entre el mundo físico y el mundo social de los hombres que lo habitan: mundo social complejo, conflictivo y, porque no, dialéctico²⁰. El espacio así concebido

por la gestión de la sociedad y del territorio”. En la relación monopolio territorial de la violencia y formación del estado, ver: Bolívar (2006).

18. “La administración pública del poder político estará formada por el conjunto de órganos de gestión –empezando por el gobierno del Estado– a quienes corresponde la formulación de las políticas, así como por los órganos de administración ejecutores de las políticas. Entre ellos estarán presentes, de forma destacada, aquellos órganos de establecer la política del territorio y su administración”. (Sánchez, 2009; pág. 72)

19. Cuando hablamos de modo de desarrollo dentro del modo de producción capitalista nos referimos a momentos específicos de la relación capitalista donde la producción de plusvalor pareciera desplazarse hacia sectores diversos. Así habría un modo de desarrollo agrario, comercial, industrial y financierizado.

20. El análisis de totalidad concreta propio del marxismo permite percibir esta relación social que se condensa en el ámbito espacial como una dinámica dialéctica que se relaciona específicamente con la contradicción fundamental de capital –la contradicción capital-trabajo–, y que es ella la que permite la explicación de las demás aristas de las relaciones sociales, entre ellas la espacial. En este aspecto, la lógica dialéctica gana al análisis de la lógica formal en tanto que es capaz de ver el todo articulado de las relaciones sociales basadas en su característica material indiscutible –la relación material de producción–, sin escindir, dividir o segmentar. En este sentido apunta Harvey al estudiar el espacio y llamar la atención sobre el análisis de totalidad concreta marxista: “La teoría

fue abordado por las ciencias sociales aunque fue necesario un proceso de construcción conceptual para que la geografía, la disciplina social más cercana al análisis espacial, adoptara una visión social-compleja sobre el espacio.

*De las ciencias sociales a las ciencias espaciales:
un acercamiento a la geografía radical*

Las ciencias sociales se desarrollaron con celeridad durante el siglo XIX. En buena medida se podría decir que con el impulso ocurrido en el estudio de los fenómenos naturales –que hizo que las disciplinas naturales como la química, la física, la matemática, etc., definieran tanto su método como su objeto de estudio y que bajo el tutelaje del positivismo se convirtieran en exitosos intentos de organización del conocimiento humano– se desarrolló también el estudio de los fenómenos sociales.

La extrapolación de métodos y objetivos de las disciplinas científicas a las disciplinas sociales generó un achatamiento y disminución de la riqueza y capacidad explicativa del conocimiento humano sobre los fenómenos sociales. El positivismo invadió la esfera de las disciplinas y estas, en su afán de presentarse como ciencias, encerraron su objeto de estudio en la concepción fría de “objeto” y adoptaron el método científico de experimentación y formulación de “leyes” como forma de ordenar el proceso de investigación del mundo social²¹.

Nada diferente ocurrió con la geografía como disciplina encargada del estudio del espacio que habitan los hombres.

La geografía, en un principio, se planteó la tarea de estudiar el espacio desde una lógica cuantitativista, objetiva y neutral. La geografía se ancló así en la visión de un mundo espacial signado por el objetivismo positivista donde su función era describir, medir o ubicar

marxiana empieza así con la preposición de que en la sociedad él todo se relaciona con lo demás, y que un objeto de investigación particular debe necesariamente interiorizar una relación con la totalidad de la que hace parte” (Harvey, 2007, pág. 89).

21. De esta manera, la economía abandonó su carácter explicativo de las dinámicas sociales del modo de producción capitalista para concentrarse en la formulación de modelos y esquemas de explicación de las variables del proceso económico, todo bajo la luz de una matematización profunda de sus presupuestos y conclusiones. En el caso de la sociología, naciente apenas, de la mano de Durkheim se le insufló el positivismo al pretender que estudiara los fenómenos sociales como cosas, como objetos inertes, abordados desde una visión neutral y avalorativa. En el mismo sentido se operaría con el derecho bajo la lógica kelseniana o con la administración bajo la égida taylorista.

las características del espacio geográfico²². La descripción del espacio, su medición y la posibilidad de ubicar en él al hombre hacia juego con la visión de la matemática, la física o la geometría de un espacio isomórfico, constante, neutral e independiente. La geografía fue solo una ciencia del espacio. Una aproximación objetivizante al complejo mundo espacial²³.

En un segundo momento, la geografía debió ocuparse de las interacciones de los hombres sobre el espacio, pero aun siguió presa de su función de describir mas no de integrar la dinámica espacial social al mundo físico del espacio. En este caso, una geografía regional se desarrolló en un intento de abarcar la complejidad del espacio pero separando las relaciones sociales que lo modificaban. La geografía optó así por el espacio como una construcción de objetos naturales y objetos artificiales, construidos por el hombre, pero no desarrolló cómo la dinámica subjetiva de los hombres, y la propia acción colectiva, modificaban y eran modificadas en el espacio físico que habitaban.

Finalmente, la irrupción del marxismo a la explicación sobre los procesos de reproducción y acumulación capitalista ligados a su carácter espacial influyó en la geografía, al punto que una corriente llamada geografía radical inicio una verdadera revolución en la percepción que sobre el espacio tenía la geografía clásica, llamando la atención sobre el carácter conflictivo, contradictorio y dialéctico de la relación espacial, que incluía tanto la necesidad de ver su adscripción física como su transformación alrededor de las complejas relaciones que los hombres entablan en el marco geográfico, que constituyen relaciones espaciales que deben ser descritas desde la arista dialéctica entre el espacio físico y el espacio socialmente construido²⁴. En adelante, la percepción sobre

22. Esta impronta positivista se impregno en la geografía, reduciéndola a una variante funcionalista orientada a construir modelos espaciales que permitieran la optimización de las ubicaciones de centros urbanos o de producción mediante la reducción de transportes, accesibilidad a las materias primas o contigüidad de los centros productivos con las zonas de residencia obrera.

23. En adelante seguimos a Harvey (2007).

24. En Harvey (2007), este tránsito se señala de manera particular como una oposición entre la geografía académica y la geografía crítica marxista. La primera se queda en la descripción y el diagnóstico de lo espacial, y la segunda, mediante la incorporación del materialismo histórico, provee las bases críticas para desarrollar un conocimiento geográfico al servicio de la transformación de la realidad existente. Señala que: "El conocimiento geográfico recoge, analiza y almacena información sobre la distribución espacial de aquellas condiciones (tanto de ocurrencia natural como provocada por humanos) que proporcionan la base material para la vida social. Al mismo tiempo promueve la conciencia de que dichas condiciones están sometidas a una continua

el espacio se nutrirá de su carácter socio-histórico y con ello daría pie a una noción de territorio como una relación de poder sobre el espacio físico²⁵.

Espacio y capital. Una reflexión en torno a la reproducción capitalista

El capitalismo solo puede ser explicado a través de la relación material concreta que lo hombres entablan entre sí y con el mundo que los rodea. Esta relación es tanto una acción específica sobre el medio natural como un plexo de acciones sociales entre los hombres. La primera reflexión en este orden de ideas indicaría que el hombre se enfrentaría a la naturaleza desde su condición de ser social para resolver los problemas específicos de su existencia como ser viviente. La contradicción que se plantea entre el hombre y la naturaleza se presenta en tanto que el hombre es en sí mismo parte integrante de la naturaleza –la naturaleza no puede ser más que extensión orgánica del propio hombre–, pero la existencia humana solo es posible en tanto que la naturaleza sea transformada a través del trabajo humano. El hombre debe modificar el medio natural, para ello pone entre él y el medio natural un instrumento, una herramienta, que modifica la naturaleza: este proceso inicial no es otro que el desarrollo de las fuerzas productivas; es decir, el adelanto técnico y tecnológico que dota a los hombres de las capacidades para transformar la naturaleza.

Por supuesto, el anterior proceso no es en lo absoluto un ejercicio individual, solitario e independiente; al contrario, solo es posible en tanto que se realiza en el marco de una acción social amplia, en tanto que es una dinámica emprendida por hombres concretos en situaciones concretas de existencia. Estas relaciones, que no son otras que las relaciones sociales de producción, incluyen tanto las condiciones físicas y técnicas en las que se realiza la producción; es decir, las fuerzas productivas anteriormente descritas como las formas de división del trabajo, las formas de propiedad sobre los medios de producción y sobre

transformación a través de la acción humana” (Harvey, 2007, pág. 124). Mientras que los geógrafos académicos: “Al rechazar el materialismo histórico como marco de referencia básico, carecían de métodos para alcanzar una síntesis y superar los innumerables dualismos dentro de sus materia. Entre, por ejemplo, la geografía física y humana, la espacialización regional y los estudios sistemáticos de la variación planetaria, las perspectivas exclusivas y las genéricas, los conocimientos cualitativos y cuantitativos...” (Harvey, 2007, pág. 128).

25. Si bien en esta parte del texto nos basaremos en Harvey (2007), es notoria la semejanza con la visión desarrollada por Sánchez (2009, págs. 63 y ss.).

los productos, así como la forma de apropiación del excedente creado en el ejercicio productivo.

En el mismo momento “germinal”, en la relación hombre naturaleza, debe tenerse en cuenta que las propias condiciones del medio físico ya son limitantes para las dinámicas de producción, y que de esa manera los sujetos están impelidos a desarrollar determinadas formas de relación con el medio geográfico que a su vez determinan sus propias formas de socialización, pero se debe tener especial cuidado en no caer en el determinismo geográfico o en una especie de biologismo espacial. En tanto que el hombre transforma el medio natural es a su vez transformado por él, en la producción de sus condiciones materiales de existencia el hombre también se produce como ser social y se reproduce como sujeto de múltiples dinámicas de interrelación: políticas, culturales, ideológicas, etc. Estas son tan determinantes sobre las acciones de los hombres frente al espacio como a su vez son producto de la propia dinámica material espacial de existencia de los individuos. De tal manera que tanto las fuerzas productivas como las relaciones sociales de producción, y especialmente su concreción temporal articulada como modo de producción, tienen un claro carácter espacial, y en la determinación de cada modo de producción históricamente considerado se producen formas específicas de configuración espacial²⁶.

A cada etapa específica de desarrollo de las fuerzas productivas corresponde a su vez una forma concreta de las relaciones sociales de producción que se cristalizan temporalmente a través de la creación de todo el ropaje jurídico, político e ideológico que le es funcional. Este proceso, que solo debe ser visto como una dinámica dialéctica –donde lo que determina en última instancia son las relaciones sociales de producción–, implica un desarrollo geográfico expansivo y generalizador de la producción capitalista²⁷.

En el razonamiento anterior es claro que el arranque material concreto de la producción es en primera instancia espacial, es una relación concreta con el medio físico, y que el capitalismo como relación social de producción es una acción espacializada de creación de plusvalor

26. “La teoría marxiana nos enseña a relacionar teóricamente la acumulación y la transformación de las estructuras espaciales, y en último término, por supuesto, nos proporciona la explicación teórica y material que nos permite entender las relaciones entre la geografía y la historia”. Ver Harvey (2007, pág. 267).

27. “La acumulación de capital esta avocada a ser geográficamente expansiva, y ha serlo mediante la reducción progresiva de los gastos de acumulación y transporte” (Harvey, 2007, pág. 264).

que integra el trabajo vivo y el trabajo muerto para crear dinámicas de valorización.

En tanto relación espacial, el propio capitalismo segmenta o divide el ámbito físico donde se desarrolla²⁸. La división campo-ciudad es una relación espacializada creada por el capitalismo, es una construcción espacial que solo es posible pensarla como segmentación del espacio para garantizar la acumulación de capital. A su vez, la separación del proceso de producción de la esfera de reproducción de la fuerza de trabajo, es decir la división entre el mundo de lo doméstico y el mundo de la fábrica capitalista, es otro ejemplo de cómo el capitalismo, como relación social de producción, es una espacialización específica²⁹.

En la propia nave industrial, el proceso de producción se segmenta, se descompone en múltiples espacios de acción del trabajo humano y la producción. El espacio nacional y su lógica de mercado interno es otra forma de división capitalista que señala el lugar geográfico donde la dinámica productiva encuentra su lugar de reproducción específica. Este mercado interno presupone también un más allá geográfico que no es otro que el ámbito de lo internacional como mercado mundial, otra forma de acción capitalista sobre el espacio. Pero en el marco de ese mercado mundializado, la competencia capitalista crea las regiones económicas, los espacios del mercado común interestatal, el mundo globalizado, la integración de zonas, la exclusión de otras, la dinámica de división entre centro y periferia; en fin, el capital como relación social de producción implica una acción concreta sobre el espacio, una espacialidad de orden capitalista que reconstruye las formas de acción sobre el territorio, que influye y es influenciada por las relaciones sociales de producción, que es coconstitutiva: el espacio es espacio de producción y reproducción capitalista; el espacio es tanto productor como producto del ejercicio de acumulación capitalista, así que tanto la dinámica de acumulación como la misma posibilidad del solución de las crisis se

28. “La acumulación de capital siempre ha sido un asunto profundamente geográfico, sin las posibilidades inherentes a la expansión geográfica, a la reorganización espacial y al desarrollo geográfico desigual, hace mucho tiempo el capitalismo habría dejado de funcionar como sistema económico y político” (Harvey, 2007, pág. 391).

29. “Los modos de producción pretenden reflejar la existencia de unas pocas formas estructurales de sociedad, en base a unas formas de organización social del proceso de producción. Cada sociedad adopta una estructura acorde con un modo de producción o con una combinación de varios de los que pueden coexistir en un mismo espacio bajo la dominancia de uno. A la concreción espacial de combinaciones jerarquizadas de modos de producción en un territorio delimitado se le denominara formación social” (Sánchez, 2009, pág. 53).

juegan en el espacio capitalista que no es otro que el espacio físico de la acción productiva en todos sus niveles local, nacional, regional, internacional o mundial, y su transformación en el marco de las relaciones que cada escala espacial construye influencia, transforma e integra.

Dinámica capitalista y espacio: las soluciones a la crisis del capital

Es claro que la teoría marxista de acumulación de capital desarrolló el problema de la reproducción del sistema a través de la pregunta por la reposición del capital fijo y el capital variable, pero que en alguna medida descuidó un horizonte de explicación ligado a la necesidad de ver la participación del espacio en las dinámicas de capitalistas³⁰.

En principio, la reproducción simple de capital –ese ejercicio que el propio Marx consideraba solo un intento explicativo, toda vez que el capital como relación no podía conservarse sino a condición de aumentar la cantidad de capital fijo y capital variable involucrados– implicaba un primer acercamiento a través de la simple consideración de una reposición vegetativa de los factores de producción. Sin embargo, la reproducción del capital solo era posible en tanto que la espiral capitalista incorporara cada vez mayores cantidades de insumos, maquinas, herramientas y, en general, medios de producción, y por supuesto en tanto que también incluyera mayor cantidad de fuerza de trabajo en condiciones de trabajo asalariado. Así, la reproducción ampliada implicaba que la plusvalía generada en el ejercicio capitalista inicial, se destinara a aumentar la cantidad de capital fijo y variable utilizado en el principio, para que en el segundo movimiento la cantidad de plusvalía producida, mayor que la anterior, permitiera una etapa más amplia de expansión capitalista. En tanto que esta espiral se mantuviera, no habría posibilidad de que el capitalismo retrocediera en su capacidad de hacer del capital y el trabajo elementos destinados a la producción capitalista³¹.

30. Aquí es esencial considerar los aportes pioneros de Lefebvre en su concepción del espacio como una forma social derivada de la dialéctica entre el, por un lado, “espacio vacío” –la percepción física del espacio como contenedor de objetos– y el “espacio social –producido por la transformación del espacio físico a través de la relación social de producción–, y por el otro, por la relación, también dialéctica y consecuencia de la primera contradicción, entre el “espacio político” –producto de las acciones de poder de la contradicción de clase por hegemonizar la apropiación espacial– y el “espacio reproducido” –lugar de reproducción de la ideología dominante en torno a la división de los espacios de ocio, de reproducción de la fuerza de trabajo, de fabulación de la vida urbana–. Ver Lefebvre (1974).

31. Ver: “La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría marxiana” en Harvey (2007).

No obstante, la reproducción del capital no era indefinida y podía experimentar periodos críticos que podrían morigerar el ritmo, estancar el crecimiento o causar fenómenos de franca involución en su desarrollo. La teoría de la crisis del capital se convirtió así en un interesante objeto de estudio para la teoría marxista. En su análisis, las teorías posteriores intentaron seguir los desarrollos que el propio Marx habría dejado señalados en el capital y agregaron algunas variables que el filósofo de Tréveris no podría haber vislumbrado de manera tan clara en el contexto social en que vivió³².

Los análisis se dirigieron a tres posibles escenarios de la crisis. Algunos apuntaron a la posibilidad de una crisis de oferta ocasionada por un problema de producción de las mercancías; es decir, una crisis que podría explicarse como resultado de la incapacidad del sistema para desarrollar las fuerzas productivas. Esto era, por supuesto, un caso extremo y solo se podría considerar de manera meramente hipotética. El capitalismo sobrevive a condición de renovar y revolucionar las fuerzas productivas, de tal manera que solo de forma muy remota se podría presentar el caso de que todo el aparato de producción fuera arrasado, y aun cuando buena parte del aparato de producción capitalista asentado en algún país fuera destruido –por una guerra, una catástrofe natural o cualquier otro fenómeno trágico de grandes proporciones–, el capital podría seguir funcionando toda vez que en su configuración mundializada presentaba una estructura interconectada que le permitía simplemente hacer frente a esta crisis acelerando los procesos de producción en lugares donde el aparato productivo no se hubiera visto afectado. Así las cosas, una crisis de oferta era una posibilidad remota y tal vez de imposible ocurrencia.

En otro sentido, algunos apuntaron a ver el origen de las crisis en el lado de la demanda: la no realización de las mercancías en el mercado podría causar una ruptura del ciclo de acumulación capitalista. La crisis de demanda fue el fenómeno más estudiado, la explicación buscaba mostrar cómo el capital estaba condenado a la paradoja de la exacción de plusvalía, pero, a su vez, a la necesidad de garantizar que los bienes producidos fueran adquiridos con el fin de reiniciar el ejercicio de producción con la compra de medios de producción y fuerza de trabajo excedentaria.

El tercer eje en el que podría desenvolverse la crisis se daba en

32. Señala Harvey (2007, pág. 255) sobre el abordaje de Marx para el problema espacial de la reproducción del capital: “Un cuidadoso estudio de su obra revela que Marx reconocía que la acumulación de capital se produce en un contexto geográfico y que así mismo produce tipos específicos de estructuras geográficas”.

los límites del medio ambiente que soporta la producción de capital. La amenaza que causaría la explotación capitalista del entorno vital, de la naturaleza, podría llevar al capital a un fin acelerado toda vez que la producción en si misma se basa en la transformación de la naturaleza para construir mercancías mediante el concurso del trabajo humano, reemplazar totalmente la utilización de materias primas o amenazar de manera importante la subsistencia en la biosfera eran riesgos que el capital en su expansión acelerada podía convertir en realidades concretas y con ello en su destrucción real como sistema de producción y crónicamente en un elemento de sus crisis estructural³³.

Así las cosas, tanto la reproducción como la crisis capitalista se explicaban por fenómenos que involucraban el tiempo, pero de manera muy tangencial involucraban el espacio. Sin embargo, el capital en sí no podía ser separado de su connotación espacial y la propia dinámica capitalista era, y es, un fenómeno espacializado; entenderla de esta manera permitiría un acercamiento más claro a la propia historia del capital como relación social³⁴.

Las crisis del capital: el espacio de la globalización y el espacio de la resistencia

La relación del proceso de producción capitalista con el espacio no es en lo absoluto una dinámica de generación de las condiciones de la producción en las que el medio geográfico se construye o desarrolla solo como contenedor territorial de la producción; es decir, no está en los presupuestos de esta explicación del espacio verlo como un simple epifenómeno de la acumulación de capital, como si el espacio fuera un mero reflejo, una excrecencia de las dinámicas del capital. Se debe

33. No pasamos por alto el carácter crónicamente crítico del capital reflejado en la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, producto de la sustitución del capital variable –la fuerza de trabajo, la verdadera productora del plusvalor– por capital constante –representado en los artefactos de producción, condenados a transmitir su valor al producto o depreciarse–, lo que se ha denominado la reducción de la composición orgánica del capital, sino que sabemos que esta cronificación de la crisis no es una dinámica sobreviniente por lo que la lucha entre el capital y el trabajo, enmarcada en el aumento de la tasa de ganancia y el alza de salarios, es connatural al propio carácter de la explotación capitalista.

34. “La historia de la formación y resolución de las crisis capitalistas es, sostengo, fundamental para entender nuestra historia. Entender las reglas de la acumulación de capital nos ayuda a comprender por qué nuestra historia y nuestra geografía adoptan las formas que adoptan” (Harvey, 2007, pág. 138).

insistir en que el espacio es estructurado y estructurante es un producto y un productor de las dinámicas de acumulación.

Las crisis del capital se resuelven también en el espacio, son tanto problemas en la circulación de las mercancías –es decir, problemas de transporte de los productos que se solucionan o minimizan con la reducción del tiempo entre la producción y el consumo, y con ello el tiempo en que el capital muerto se torna otra vez en capital dinerario listo para ser reinvertido en un nuevo circuito ampliado de acumulación— como problemas de estreches de demandan efectiva –que a su vez se atacan con la ampliación de las fronteras de los mercados internos mediante las guerras comerciales, la colonización o los diferentes procesos de imposición imperialista³⁵–.

De manera más particular, la crisis capitalista, al igual que la acumulación de capital, no se puede ver como un problema ligado de manera exclusiva la aceleración de los ritmos de producción o la incorporación de capital variable a costos reducidos, o de capital fijo con altos desarrollos tecnológicos. El capitalismo como relación social de producción implica una transformación del medio natural y de las relaciones que los hombres entablan entre sí y con ese medio. En este aspecto es siempre una relación espacial: la producción es una acción espacializada toda vez que es mediante la separación del proceso de trabajo del de valorización que se puede confinar físicamente la transformación de las materias primas y la reproducción de la fuerza de trabajo; la transformación técnica de las materias primas se realiza mediante la división funcional del espacio físico de la nave industrial; la circulación física de las mercancías se desarrolla a través de los medios de transporte; la realización de las mercancías en el consumo ocurre en tanto existe un espacio homogéneo de transacciones que permite la utilización de la moneda común y la configuración del mercado como ámbito físico y convencional de las transacciones; la ampliación del sistema de producción ocurre toda vez que nuevos ámbitos espaciales son incluidos en la dinámica de acumulación mediante la incorporación de nuevos recursos naturales de áreas no explotadas y de fuerza de trabajo no sometida a relaciones de explotación capitalista.

Pero más allá de ello, el espacio de la acumulación y la reproducción

35. “La acumulación de capital siempre ha estado relacionada con la aceleración (considérese la historia de las innovaciones tecnológicas en la producción, comercialización e intercambio de dinero) y en la revolución del transporte y las comunicaciones (el ferrocarril y el telégrafo, la radio y el automóvil, el transporte de reacción y las telecomunicaciones) que tienen el efecto de reducir las barreras espaciales” (Harvey, 2007, pág. 140).

del capital salta los contenedores físicos de lo local, regional o nacional –incluso de lo internacional– y puede proyectarse más allá mediante el desarrollo de novedosas modalidades de reproducción espacial que incluyen tanto la configuración de espacios virtuales –como las regiones económicas desarrolladas a través de los flujos de exportaciones de países o regiones que no tienen contigüidad o cercanía física, las áreas metropolitanas, las megalópolis, las tecnópolis, las zonas transfronterizas, las regiones pivótiles, etc.,– como el desarrollo de modalidades de producción y de realización del valor que buscan eliminar la barrera física de la transformación y confinamiento de mano de obra y materias primas de la producción o de la circulación de las mercancías en el ámbito espacial –de esta manera operarían las maquilas, las empresas satélites manufactureras, las formas de explotación deslocalizada de las multinacionales; y en el caso de la circulación, la función de aniquilar la barrera espacial la cumple la venta a crédito, las modalidades de adquisición por previo pago, la autoconstrucción, la propiedad compartida de los productos adquiridos, etc.³⁶–.

Pero por supuesto, en tanto que la tecnología avanza, en tanto que las fuerzas productivas se desarrollan, pareciera que el problema del espacio se torna simplemente marginal y que el capital pudiera reproducirse en ausencia de su relación con el espacio.

A esto apuntarían todas estas tendencias globalizantes que desde el neoliberalismo celebran la muerte del espacio y con ello la eliminación de los límites espaciales de circulación de las mercancías. No obstante estas posiciones –amparadas en los nuevos desarrollos tecnológicos que han permitido la irrupción de una nueva forma de acumulación capitalista centrada en la especulación financiera y cuyo “lugar” de acción se encuentran en la inmaterialidad de la red informática–, las mercancías son físicas, su producción no se separa de las condiciones naturales del medio físico donde se desarrollan y el trabajo, el factor creador de valor por excelencia, no puede obtener la movilidad ni la inmaterialidad de los flujos informacionales, así que nuevamente las crisis del capital son crisis en las que, aunque los capitalistas quisieran aniquilar el espacio a través del tiempo, la realidad concreta de la

36. Es importante no perder de vista que el problema, sin importar el momento concreto de desarrollo de la relación capitalista, es en última instancia espacial: “Este recurso permanente a una solución espacial para las contradicciones internas del capitalismo (más notablemente registradas como sobre acumulación de capital dentro de un área geográfica dada) junto con la inserción desigual de diferentes territorios y formaciones sociales en el mercado mundial capitalista, han creado una geografía histórica mundial cuyo carácter debe entenderse bien” (Harvey, 2007, pág. 391).

producción los arroja nuevamente al espacio como determinante fundamental de la producción y de contera, este es la articulación social de múltiples formas de acción social que permiten la resistencia frente a los lineamientos del capitalismo. Paradójicamente vuelve a ser el espacio el marco de la resistencia y su disputa por los sujetos, la dinámica política más importante.

El discurso neoliberal, que se apoderó del proceso de globalización y lo ató a sus intereses económicos y políticos, pretendió que ante la conexión acelerada de los mercados, los espacios de tratamiento de las dinámicas socio-políticas, centradas en la matriz Estado nacional, habían ya sido superadas, y en esa misma medida el fin de los Estados era el fin de los territorios³⁷. El mercado se pretendió el máximo ordenador de las diversas demandas de los habitantes de cada espacio Estado nacional, y su regulación estaba por fuera también de sus posibilidades; lo internacional se volvió interioridad y emergió con ello un mundo desterritorializado, donde la resistencia al capital era difícil, en tanto difícil era la ubicación de sus lugares de acción, sus dinámicas de producción y con ello la identificación de los puntos vulnerables del sistema. En respaldo a todo ello se pretendió construir una ética mundializada que se encargaría de ser el contenedor de los abusos del capital y la salvaguarda de los derechos de los habitantes del planeta frente al acceso a los recursos, la redistribución de los excedentes y la garantía de los derechos humanos. El espacio había muerto y en su lugar una aldea-mundo emergía en la que la homogeneidad del espacio era prácticamente un componente esencial de las dinámicas de reproducción. Pero las crisis no fueron asuntos del pasado y seguían manifestándose, arrastrando regiones completas a la pobreza o desarrollando formas de explotación del trabajo, claramente emplazadas territorialmente.

Las crisis eran regionales pero sus efectos eran globales, sus manifestaciones podrían tener una regionalización específica –el sudeste asiático, México, Rusia, Europa Oriental–, pero sus efectos no eran simplemente en ese espacio circunscrito, contrario a la imagen de un capitalismo en red que podía desconectar los nodos que caían en desgracia, este, cada vez más interconectado, seguía mostrando que el espacio era en realidad un espacio articulado mundialmente y que la acumulación, que se suponía global, era en realidad local, y que de allí la resistencia no podía ser menos que territorial, y articulada al mundo de la globalización de manera creativa.

37. Ver Badie (1995).

La resurrección del espacio: “lugares” de resistencia y “espacios” de dominación

Así las cosas, el capital no es en lo absoluto una dinámica desterritorializada y aunque el ritmo frenético de la producción haya logrado catapultar las velocidades de circulación, de rotación del capital y la red informática se presente como el “espacio” de circulación del valor; y aunque en todo ello la fuerza de trabajo parezca un recurso volátil y prescindible, el modo de producción capitalista es todavía una relación específica entre el capital y el trabajo que tiene en el espacio una de las aristas más importantes de análisis. La posibilidad de resistir las dinámicas deshumanizantes del capital pasa por revitalizar el lugar, por reivindicar lo local para proyectarlo creativamente al ámbito mundializado³⁸.

En los propios inicios del capital, la resistencia podía considerarse atada al lugar. La posibilidad de golpear al capital estaba primero en lo local, donde las industrias estaban emplazadas: hostigar a los capataces, retener las mercancías, presionar a los capitalistas e, incluso, sabotear los medios de producción eran acciones que estaban al alcance de la mano, que estaban en el mundo del territorio que se habitaba. Marx proyectará esto al ámbito global al llamar a los proletarios a una acción que pasara las fronteras de los Estados y se articulara en el espacio mundial –proletarios del mundo, uníos– pero esto en lo absoluto implicaba un desconocimiento de las dinámicas de resistencia que empezaban en el marco territorial, en lo local: la celebración de la Comuna de París –donde los obreros “se tomaron el cielo por asalto”–, las enseñanzas impartidas para nutrir la resistencia de los obreros contra la reducción de los salarios, los análisis de los procesos territoriales ocurridos en el marco de la producción capitalista en Europa y, en general, la relevancia de lo local como soporte explicativo del funcionamiento

38. Harvey define el lugar como el ámbito geográfico-político donde la resistencia social tiene un campo obligado y privilegiado de acción: “la razón del episodio huelguístico es demostrar que se alcanza algo especial, en este caso la percepción de la conciencia de clase, y la comprensión de la posibilidad [...] de que se dé una alternativa real. Pero a esta posibilidad se llega precisamente interiorizando en ese lugar y esa comunidad particulares los impulsos procedentes del exterior” (Harvey, 2007, pág. 187), y más adelante, “La búsqueda de una incorporación materialista y fuertemente cimentada del lugar, el espacio y el entorno de la teoría cultural y social, frente a una incorporación metafórica y puramente idealista se mantiene. Y las apuestas son altas. La vuelta de la teoría al mundo de la práctica política diaria a través de un espacio abigarrado y jerárquicamente estructurado de variación social y ecológica puede entonces convertirse en el objetivo y en la recompensa de un tipo determinado de práctica teórica” (Harvey, 2007, pág. 203).

del capital y sus posibilidades de resistencia desarrollados por Marx, así parecen demostrarlo. Además, como se señaló más arriba, en lo absoluto el problema de las dinámicas del espacio para la reproducción del capital eran desconocidas para Marx, sino que en tanto que la situación histórico concreta que presentaba su desarrollo era todavía un modelo de escala regional, las posibilidades de advertir su conexión con lo global estaban aún en ciernes.

El mundo neoliberal llevó la imagen del espacio a la virtualidad de los flujos financiarizados, creó la ilusión de la absoluta movilidad de los factores de producción y la preeminencia de la escala global frente a la parroquialidad de las escalas locales o regionales. Con ello desactivó el poder reivindicativo de los movimientos emplazados territorialmente y los conminó a ser solo ecos de las reivindicaciones de la globalidad gestionada en los espacios de negociación multilateral del capital –los organismos multilaterales de regulación de las acciones comerciales y de interacción económica entre los Estados–, en donde a todas luces tenían más poder de decisión los grandes conglomerados económicos, las multinacionales y, en general, los intereses de los grupos de capital que podían dominar la voluntad de los Estados para hacerse representar de manera directa en los espacios de decisión globalizada. Paralelo a ello se creaba la idea de una sociedad donde las contradicciones ya habían sido resueltas y los conflictos por la distribución de los recursos pasarían a un segundo plano en tanto que la posibilidad del crecimiento económico beneficiaría de manera global a todos los sectores económicos interconectados en mundo que se presentaba como interioridad, además la interioridad del mundo se proyectaría en la construcción de un horizonte ético global³⁹ que haría irrelevante lo

39. La celebración del advenimiento de la globalización trajo aparejado un nuevo intento de construcción de ciudadanías globales, que a su vez se desarrollaban bajo nuevos intentos de superación de las herencias negativas del mundo moderno. Por ejemplo, la matriz Estado nacional que se había convertido en el único espacio posible de gestión de los asuntos públicos debería ceder ante un nuevo ámbito mundial, que no era otro que ese espacio global que se convertía en interioridad mundializada. De ello derivaba la construcción de una ciudadanía más allá de las fronteras nacionales y más allá de la reivindicación de los derechos políticos individuales. Sin embargo, esta construcción pensaba que la misma dinámica de acercamiento a estos nuevos derroteros de comportamiento social impregnaría por igual a todos los habitantes del globo, y que cada vez sería más difícil que algún habitante del planeta pudiera obviar las preocupaciones políticas (derechos humanos, valores democráticos, etc.), ambientales (calentamiento global, desaparición de especies de flora y fauna, contaminación...), culturales (respeto por la autonomía cultural, la producción intelectual tradicional...), etc., que eran inherentes a todos los individuos. Sin embargo, el tercer mundo tercamente parecía

local, donde esta escala espacial solo podía ser importante en tanto que estuviera articulada a las dinámicas mundializadas, dominadas no por la reivindicación de la justicia sino por la integración sin límites de los espacios comerciales.

La salida para la resistencia social a la encrucijada de un mundo globalizado que parecería haber aniquilado el espacio mediante la aceleración de los flujos comerciales no sería otra que volver a reivindicar lo local como espacio de acción social primigenio y portador del germen de lo global: demostrar que el capital seguía siendo un proceso de escala local que se proyectaba a lo global, una forma social particular de transformación de la acción espacial como resultado de las dinámicas territorializadas de producción⁴⁰. Relocalizar la resistencia contra lo globalizado era reivindicar la preeminencia de la política del lugar para desde allí transformar la dominación del capitalismo globalizado y, en la práctica local, ganar la posibilidad de proyectar la resistencia al mundo global para negociar, o presionar, acciones de justicia social por fuera de los mecanismo institucionalizados que el capital había creado a su acomodo⁴¹.

seguir aferrado a una lógica de desarrollismo lesiva para la sostenibilidad ambiental, las multinacionales seguían aprovechándose de los beneficios de contratar por debajo de los niveles mínimos legales en los países del tercer mundo, el consumismo de las clases medias en países desarrollados no cedía al llamado de conciencia ambiental y las dictaduras civiles, de toda laya, medraban al amparo de los gobiernos de los países poderosos que no querían en lo absoluto afectar los negocios de sus nacionales. El cosmopolitismo siguió así más como un importante *deber ser* de la globalización y no como su verdadero ropaje. Esto sería un cuestionamiento muy fuerte a esos llamados a vivir constructivamente la globalización, que se propalaban justamente de los países desarrollados, como en el texto de referencia de Beck (2004).

40. Escobar se pregunta de manera reiterada por la tendencia a descuidar la dimensión del lugar en las ciencias humanas y sociales, y lo atribuye a ese proceso de colonialismo intelectual desarrollado durante la modernidad, que se enquistó en el pensamiento latinoamericano y que solo de manera muy reciente ha empezado a emerger reivindicando la tarea de crear nuevas espacialidades ancladas en la resistencia a la imposición cultural y la explotación capitalista neoliberal: Ver especialmente los capítulos “La cultura habita en lugares” y “Una ecología de la diferencia” de Casey (1996). Específicamente apunta: “Somos, en suma, seres de lugares –vivir es vivir localmente, y el conocer es primero que todo conocer los lugares en los cuales uno está–” (Casey, 1996, pág. 18). El lugar, como es obvio, es constituido por estructuras sociales sedimentadas y prácticas culturales. El sentir y el moverse no son presociales; el cuerpo en el que se vive resultado de procesos culturales y sociales habituales, es entonces imperativo que volvamos al lugar... Esto significa reconocer que el lugar, el cuerpo y el ambiente se integran unos con otros; que los lugares recogen cosas, pensamientos y memorias en configuraciones particulares; y que el lugar es más que un cosa, es un evento caracterizado por su apertura y no por una entidad unitaria” (Escobar, 2010, pág. 135).

41. Esta sería la demanda de Santos en el libro sugerido como material de referencia

En este sentido, la acción de resistencia emplazada en el “lugar” puede constituirse en la posibilidad cierta de contener la dinámica neo-liberal de globalización desigual y explotadora (Santos, 2007, pág. 75). Más allá de la confianza en la creación de un sentimiento global contra los efectos negativos del capitalismo, es necesario que ese sentimiento parta de las dinámicas emplazadas territorialmente. Múltiples ejemplos pueden ayudar a ilustrar esta perspectiva.

En el caso de las reivindicaciones de los movimientos colombianos es paradigmático el proceso desarrollado por las comunidades negras del bajo Atrato, que han logrado que sus demandas por protección del espacio vital que habitan, entendido más allá del mero ámbito geográfico y aunado a su cultura y su particular uso de los recursos naturales, sean defendidos no solo a través de la creación de un marco normativo que lo ampare, la Ley 70 de 1993, sino que además han desarrollado una proyección hacia lo global a través de la incorporación de sus demandas a espacios de acción política, espacios alternativos a los clásicos mecanismos e instancias de demanda frente a la comunidad internacional. La acción política de estas comunidades ha llevado a un nivel de mayor capacidad movilizadora sus demandas, en tanto que ha hecho de lo local su espacio de creación de conciencia y de lo global su proyección en lo mundial para la construcción de la defensa frente a los intereses avasalladores del capital: han hecho de su debilidad como movimiento social –la aparente provincialidad de sus demandas– su fortaleza en el marco de lo global⁴².

Otro caso que permite ejemplificar la posibilidad de hacer de lo local el ámbito privilegiado de resistencia contra la globalidad imperial y sus agentes estatales se podría ver en el proceso de construcción de las comunidades de paz, cuyo modelo paradigmático en Colombia es la

para este escrito, demanda muy cercana a la construcción conceptual de lugar que realiza Escobar: “El sur que sirve como base a mi propuesta no es el Sur de Europa sino el Sur global, creado por la expansión colonial de Europa ... propongo una reprovincialización de Europa que preste atención a las desigualdades al interior de Europa y a la manera como ellas influyen a los diferentes colonialismos europeos” (Santos, 2007, pág. 75).

42. Este caso es tratado de manera especial por Escobar: “La lucha de los movimientos de las comunidades negras del Pacífico colombiano ilustra las políticas del lugar en el contexto de la globalidad imperial [...]. De esta manera el movimiento puede legítimamente ser interpretado en términos de la defensa de las prácticas de la diferencia cultural, económica y ecológica. Emergiendo desde la exterioridad del sistema mundo moderno/colonial [...] puede ser visto como practicantes de una clase de pensamiento de frontera desde el cual ellos se articulan con sus comunidades de un lado y con los agentes de la modernidad del otro” (Escobar, 2010, pág. 87).

comunidad de paz de San José de Apartadó⁴³. Esta comunidad ha hecho de su lucha por la territorialidad –su posibilidad de vivir en el territorio declarándose no solo poseedores de sus tierras sino ordenadores sociales de sus propias formas de convivencia en independencia del Estado y de los grupos armados que lo combaten– su estrategia de visibilización en lo local, y con ello su posibilidad de construcción como sujeto político. Pero, además, han logrado proyectarse constructivamente a lo global a través de la construcción de variados lazos de solidaridad internacional gestionados mediante el lobby en los organismos internacionales de protección de los derechos humanos, las ONG y los grupos de presión en la comunidad internacional. Con ello han defendido el territorio y sus prácticas sociales territorialmente emplazadas frente a los embates del Estado, los paramilitares y los grupos armados, que los han querido desplazar de una región rica en términos económicos y estratégica en términos militares.

Finalmente, aunque los ejemplos pueden multiplicarse, otro de los experimentos exitosos desarrollados en Colombia que da cuenta de la defensa del territorio como una dinámica social que se construye desde las interacciones de los colectivos humanos que lo habitan y que rebasa la mera acción económica del capital globalizado y sus lógicas de dominación neoliberal podría verse reflejado en las zonas de reserva campesina, cuyo ejemplo más destacado sería la Asociación Campesina del Valle del Cimitarra⁴⁴.

La acción reivindicativa de este sujeto político es también una acción desde el territorio como práctica social. Los campesinos organizados han logrado que el Estado reconozca la posibilidad de una propiedad colectiva del suelo y una organización social derivada de ello que puede autogestionar sus prácticas de sostenimiento y de organización política. Los campesinos de esta región han logrado reconstruir el tejido social destruido por el asedio de la violencia del conflicto armado, en especial la terrible agresión orquestada por el paramilitarismo y sus colaboradores estatales que ha sembrado de muertos el suelo santandereano desde la década del noventa hasta ahora.

A manera de conclusión: el espacio y las resistencias sociales

La posibilidad de resistir la globalización neoliberal, esa globalización que se ocupa fundamentalmente de garantizar la reproducción del capital y la eliminación de las dinámicas de resistencia social, se

43. Ver: <http://www.cdpsanjose.org/>

44. Ver: <http://www.prensarural.org/acvc/>

encuentra de manera concreta en revitalizar la resistencia localizada, en potencializar los movimientos sociales que usan sus nexos reales con el territorio que habitan y proyectarlos a los espacios de lo global con una dinámica alternativa de mundialización.

Como en el discurso de los zapatistas⁴⁵, a la globalización de la miseria se debe oponer la internacional de la solidaridad y la esperanza, pero sin olvidar que esta acción es solo posible si se resiste al capital desde sus lógicas locales de acumulación, desde las estrategias localizadas de explotación de la riqueza social y explotación de la fuerza de trabajo. En este sentido se debe resaltar que el capital es siempre una relación espacial que ordena la dinámica de producción y reproducción mediante la disposición de espacios específicos de desarrollo de la producción y la circulación de las mercancías, que aunque se proyecte a lo global, sigue anclado a sus manifestaciones locales de articulación de capital vivo y capital muerto, que es allí en lo local donde se puede frenar las lógicas desiguales de la globalización.

Pero que esto solo es posible en tanto se utilice el espacio global para construir la solidaridad en el marco de acciones reales de intercambio tecnológico, de protección de conocimiento ancestral, de defensa del medio ambiente, de respeto por los derechos económicos, sociales y culturales, de autonomía política; en fin, en el respeto de la territorialidad.

En el contexto actual queda a los movimientos sociales desarrollar acciones de resistencia que logren reivindicar su carácter de habitantes del territorio, y de sus relaciones con él, como los verdaderos elementos que configuren su organización frente a las lógicas expropiadoras de los actores capitalistas, sus agentes violentos y el aparato de Estado. En esta tarea rodear a los movimientos de resistencia, proyectar su trabajo a todas las instancias de solidaridad nacional e internacional, y coadyuvar en la construcción de proyectos económicos viables, democráticos, sostenibles y amigables con el entorno natural en que viven es el compromiso de todos los que pensamos que el capitalismo no es el destino inexorable de los pueblos y que los intereses de los agentes capitalistas, anclados en la globalización imperialista, deben ceder ante la resistencia social emplazada territorialmente.

Bibliografía

Badie, B. (1995). *Le fin des territoires*. París: Editorial Fayard.

45. La declaración es tratada por dos de los autores de referencia Harvey (2007) y Beck (2004).

- Beck, U. (2004). *Poder y contrapoder en la era global. La nueva política mundial*. Madrid: Paidós.
- Bolívar, I. (2006). Espacio, violencia y política: la auto-comprensión de la sociedad burguesa. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Castro Nogueira, L. (2006). Flujos espaciales y hechizos digitales: des-territorios del hombre. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Escobar, A. (2010). *Una minga para el posdesarrollo*. Lima: Editorial Universidad de San Marcos.
- Fisher, F. (2003). *Reframing Public Policy*. Oxford: Oxford University Press.
- Gnecco Valencia, Cristóbal (2006). Territorio y alteridad étnica: fragmentos para una genealogía. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Herrera Gómez, D. & Piazzini Suárez, C. E. (Eds.) (2006). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Lefbvre, H. (1974). *La producción del espacio*. París: Anthropos.
- Martín Barbero, J. (2006). Pensar juntos espacio y tiempo. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Marx, Carlos. (2005). *El Capital*. Tomo I: "El proceso de producción del capital". México: Siglo XXI Editores.
- Negri, Antonio & Hardt, M. (2005). *Imperio*. Madrid: Paidós.
- Piazzini Suárez, C. E. (2006). El tiempo situado: las temporalidades después del giro espacial. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Sánchez, J. E. (2009). *Geografía política*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Santos, B. de S. (2007). *Conocer desde el sur*. Bolivia: Clacso.
- Segato, R. L. (2006). En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.
- Trujillo, B. (2006). ¿Nuevas guerras?, ¿nuevos espacios para la guerra? o ¿nuevas espacialidades?. En D. Herrera Gómez & C. E. Piazzini Suárez (Eds.). (*Des territorialidades y (no) lugares*. Medellín: La Carreta.

FECHA DE RECEPCIÓN: 9 DE NOVIEMBRE DEL 2011
FECHA DE APROBACIÓN: 25 DE MAYO DE 2012